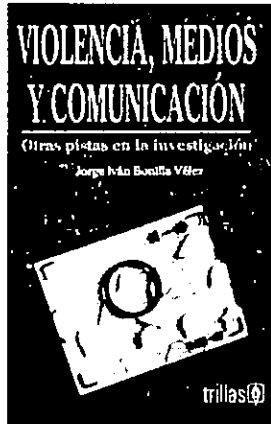


# Reseñas • Reseñas • Reseñas • Reseñas

## • La violencia mediada

Bonilla, Jorge Iván. *Violencia, medios y comunicación. Otras pistas en la investigación*. México: Trillas-Felafacs, 1995. 217 p.



Como lo afirma el autor en la introducción al libro *Violencia, medios y comunicación*, «nunca antes la violencia había adquirido tanto protagonismo para ser objeto de análisis como los que se vienen realizando a lo largo de la última década. Sin embargo, más que una moda o un simple requerimiento académico, tal motivación investigativa debe ser vista como lo que es: una necesidad. La necesidad de reconocernos como país, como regiones, como cultura(s), como personas y como procesos». (p. 8). Y ese es precisamente el objetivo que Bonilla se propone desarrollar a lo largo del libro a partir del análisis crítico de las concepciones tradicionales de violencia y comunicación y del análisis del discurso periodístico como «escenario» en el que esta relación resulta evidente.

La pregunta fundamental gira alrededor de la comprensión del fenómeno social de la violencia a partir de la comunicación. Se propone pues, una mirada comunicativa a la violencia y no, como suele encontrarse en alguna literatura, un juicio al papel de la comunicación y de los medios en estos procesos «disfuncionales». Se trata de una aproximación a los procesos históricos, sociales, políticos, económicos y culturales que han dado origen a los escenarios de violencia. Y es también una aproximación a esos mismos procesos en las implicaciones que han tenido en la construcción de una bases para la convivencia democrática.

La literatura tradicional sobre la relación comunicación-medios y violencia suele limitar las preguntas y las miradas a los efectos que los medios de comunicación generan en los receptores. Se trata de una mirada que desde el mensaje, sólo considera aquello que está explícito en los medios informativos. Las conclusiones apuntan hacia la afirmación de que los medios son un reflejo de una sociedad descompuesta, o bien, un «detonante» y un multiplicador de los efectos violentos en una sociedad conflictuada. La mirada que propone Bonilla, por el contrario, es la de, sin soslayar la responsabilidad que los medios tienen en la conformación de las identidades sociales, aproximarse a una concepción de la violencia «que cuestione otras dimensiones de los social como, por ejemplo, las visiones y representaciones mentales que los habitantes de un país, así como el nuestro, utilizan para construirse o destruirse, para asumir lo propio y lo ajeno o para dar cuenta de los conflictos y sus alternativas de solución». Se trata de «hacer posible un análisis más contextualizador de los medios como el lugar social desde donde se realizan sus mediaciones y una discusión acaso más amplia acerca de las funciones

que en una sociedad cumplen los procesos de comunicación». (p.9).

El autor realiza este recorrido en cuatro partes: la primera titulada *Los escenarios tradicionales de la investigación*, hace un balance de tres de los campos conceptuales desde los cuales se ha ubicado el problema de la relación medios-comunicación-violencia. En primer lugar, la teoría de los efectos, cuyos presupuestos teóricos determinan a los medios como paradigma de la comunicación; definen a la comunicación como un asunto de transmisión y persuasión y definen a la violencia como un fenómeno que supone lo que es agresivo en el individuo, lo «desviado» de la normatividad

social y el resultado de aquellos actos que pueden ser cuantificados. En segundo lugar, se encuentra el análisis ideológico de los mensajes cuya perspectiva ubica a la violencia como un problema estructural de sociedades injustas, desiguales y dominadas; a los mensajes de los medios como reproductores de la injusticia y la dominación y a los medios como aparatos ideológicos que fomentan la violencia. Y finalmente, el autor aborda el debate ético de la profesión periodística que asume que los medios «son parte del problema» pero no su causa y que su función está marcada por la responsabilidad en la difusión de los actos violentos y en consecuencia, sus correctivos se encaminan hacia allí.

En la segunda parte, *Reflexión hacia otro lugar*, el autor se sitúa en la línea de estudio que representa algunas rupturas y desplazamientos frente a las concepciones anteriores. Así, plantea que esta relación problemática sólo puede dilucidarse desde el terreno de la cultura. Ubica la discusión en la necesidad de plantear un análisis de la comunicación y la violencia vinculado a la problemática nacional, que supone ámbitos de acción de la violencia no circunscritos a la delincuencia y a la criminalidad, y se aproxima al campo de la cultura que permite interrogarse por las estructuras mentales y simbólicas de la violencia. Es en el campo de la cultura en donde hoy se libran muchas de las intolerancias, las exclusiones y negaciones pero también, las transformaciones en la manera de entender el mundo. De esta manera, el autor propone que esta mirada desde la cultura «significa buscar por otros caminos el lugar que los medios y la comunicación ocupan en la sociedad y las relaciones entre los medios con los procesos de violencia que se viven en su interior. Y hacerlo, requiere indagar por esos espacios en los que se teje lo público y lo privado, por esas relaciones por medio de las cuales se mira, se siente y se narra la realidad, por esos modelos de vida con los que día a día nos construimos o destruimos a nosotros, a los otros, al entorno» (p.55).

Con este andamiaje teórico Bonilla se enfrenta en las dos partes siguientes al análisis de los discursos de prensa. «¿Cuáles son los relatos que mediatizados por prensa, radio y televisión recorren diariamente las ciudades y pueblos del país como hechos de violencia? ¿De qué actores hablan esos relatos? ¿De cuáles escenarios? ¿De cuál violencia? ¿A través de cuáles géneros —ficción, drama,

noticia— se expresan esas imágenes que nos hablan de violencia? ¿A cuál imaginario —individual y colectivo— se apela para ordenar estos relatos? ¿Cómo llegan a la gente? ¿Por qué tienen aceptación o no? ¿Dónde se produce el encuentro entre el imaginario de la emisión y el imaginario de la recepción? Preguntas que ciertamente no se resuelven con la tabla con la que usualmente se ha dibujado la relación medios-violencia: la medición cuantitativa de los hechos y la visión 'estadística' de la gente. (p.78).

En la tercera y la cuarta parte, *Nociones de paz en el discurso periodístico: una perspectiva de estudio* y *El Análisis*, Bonilla parte de tres desplazamientos justificados en las dos primeras partes: a-. Pasar de un análisis de *la violencia como tema*, para llegar a las *estructuras mentales y simbólicas* que sirven de sustento a la configuración de los modos de ver y de pensar frente a las situaciones de conflicto. b-. Pensar los medios de comunicación como *instituciones activas* de la sociedad que participan de la socialización de procesos de entendimiento y construcción de imaginarios en torno al país, sus actores y sus conflictos. c-. Plantear que el estudio de la relación medios de comunicación-violencia implica indagar por el papel de las intermediaciones que éstos ponen en juego para reconocer nuestros problemas, promover espacios de discusión y cuestionar alternativas de solución frente a los mismos.

El autor pone a prueba estos desplazamientos a través del análisis de los discursos periodísticos sobre la paz, objeto de estudio y oposición a la violencia. De esta forma, el autor construye un modelo de análisis cuya delimitación se define por los editoriales de prensa de tres periódicos de circulación nacional (*El Tiempo*, *El Espectador* y *El Colombiano*) generadas por siete magnicidios ocurridos entre 1984 y 1990, por considerar en primer lugar, que estos asesinatos de líderes políticos constituyeron fenómenos de conmoción nacional que permi-

ten rastrear el sentido del conflicto y en segundo lugar, por asumir que en los editoriales de prensa se expresa de manera enfática la posición del medio frente al contexto en el que se verifican los hechos.

El diseño metodológico aplicado por Bonilla, —a partir de los modelos propuestos por Daniel Prieto y por Arturo Guerrero y Vanessa Marmantini— supone dos fases: la descriptiva y la analítica. En la primera, se busca levantar un mapa de los acontecimientos elegidos (número de editoriales, fechas, títulos, etc.). En la segunda fase, afronta el análisis de las *estructuras básicas* (ideas núcleo, lo dicho, tipificación), de la *narración* (ubicación de actores, de acciones, de lugares), del *estilo* (tópicos, recursos de amplificación, ambigüedad de sujetos) y el *análisis ideológico* (pluriacentualidad significativa, el «todo expresados» y la visión polarizada).

Aunque el mismo autor reconoce las limitaciones que un análisis de mensajes comporta en el reconocimiento de imaginarios sobre la violencia, resulta significativo que haya elegido precisamente el discurso de la paz para llegar a aquellos. Sin duda, el valor del trabajo de Jorge Iván Bonilla radica en haber superado las trampas teóricas en las que caen la mayoría de estudios sobre la violencia y el haber reformulado las preguntas con las que la investigación de la comunicación debe enfrentarse a los cuestionamientos que nuestras sociedades plantean. Resultan en todo caso refrescantes y provocadores los planteamientos del texto para todos aquellos que hoy se cuestionan las conflictivas relaciones entre sociedad y medios de comunicación.

#### ANA MARIA LALINDE POSADA

PROFESORA DEL DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN DE LA PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD JAVERIANA Y COORDINADORA EDITORIAL DE LA REVISTA SIGNO Y  
PENSAMIENTO DE LA FACULTAD DE COMUNICACION Y LENGUAJE.